

FUNDAMENTOS DE BIOPOLÍTICA

Jacques de Mahieu

INTRODUCCION

1- OLVIDO Y EXAGERACION DEL FACTOR ETNICO

Muy pocas veces, en estudios políticos no especializados, la raza ha sido colocada en su justo lugar en cuanto factor de la existencia, estructura y evolución de las comunidades humanas. Ora se la olvida lisa y llanamente, lo que no tiene mayor importancia cuando se trata de estudios estáticos de entes sociales definidos, pero falsea completamente la visión de conjuntos más amplios considerados en su evolución; ora, más excepcionalmente, la raza se vuelve la única clave de la historia, el único factor de la evolución de! hombre y de las comunidades, como también del nacimiento y la muerte de las civilizaciones. O bien la raza no existe o constituye por lo menos un elemento sin importancia reflejo del medio, o bien, el contrario, abruma el mundo con un determinismo absoluto y sin remedio. Por un lado, Marx y Maurras, aunque mencionan a veces, al pasar, factores etnopolíticos temen manifiestamente entrar en lo vivo del problema, cuyos datos no poseen o que pueden complicar el desenvolvimiento de sus teorías. Por otro lado, Gobineau sistematiza con exceso observaciones y reflexiones notables, haciendo de un grupo étnico el deus ex machina de la historia; no sin excusas, por cierto, ya que fue el primero en tratar seriamente la cuestión y no podía poseer, hace un siglo, los elementos indispensables que nos dio la biología solamente en los últimos decenios. Citemos, por fin, las campañas contra el "racismo" de científicos hechos propagandistas y propagandistas, disfrazados de científicos, las que turbaron innumerables mentes. Surge de todo eso que el problema necesita ser tratado de nuevo desde sus fundamentos y llevado hasta sus últimas consecuencias, a la luz de las solas realidades científicas.

2- LA BIOPOLÍTICA

Comprobaremos, en el curso de nuestra búsqueda, que el problema étnico, cuando fue planteado, lo fue de un modo demasiado estrecho o, más exactamente, que existe, al margen del problema de las razas propiamente dichas, un problema del mismo orden que ya nos deja entrever el lenguaje corriente. Decimos de un ser humano como de un caballo que "tiene casta", "qu'il a de la race". Esto no significa que pertenece a un conjunto étnico determinado, sino, por lo contrario, que se distingue por algunas características dentro de su conjunto étnico. Cuando hayamos establecido que dichas características son hereditarias, tendremos que admitir de grado o por fuerza que existen, en el seno de los conjuntos raciales, categorías de la misma naturaleza biopsíquica que las comunidades étnicas, en el sentido propio de la palabra. Y cuando hayamos visto que dichas categorías tienen una importancia social, bien tendremos que completar la etnopolítica con la genopolítica y considerar el conjunto de los procesos hereditarios en la medida en que intervienen en la vida de las comunidades humanas. Tal es el objeto de lo biopolítica. Quizás el término les parezca a algunos demasiado estrecho, ya que los caracteres considerados no sólo son biológicos sino también psíquicos. Nos quedaremos con él, sin embargo; primero, porque no nos parece posible, eufónicamente, admitir "biopsicopolítica" y sobre todo porque la biología, o ciencia de la vida, ya se ha apartado definitivamente de su materialismo primitivo, consecuencia del dualismo cartesiano que está alejándose cada vez más de nosotros, mientras que la filosofía vuelve, felizmente, a la concepción aristotélica de la unidad substancial del ser viviente. La biopolítica tienen un papel importante que desempeñar: en todo el mundo, los conflictos

de razas, se multiplican y grandes choques étnicos, en escala desconocida hasta ahora, se anuncian en el horizonte; la degeneración, por causas internas de nuestras comunidades tradicionales, exige explicación y remedios que la ciencia política no ha sabido, hasta ahora, dar ni recetar. Veremos, a lo largo de las páginas siguientes, en qué medida la biopolítica, además del interés especulativo que ofrece, nos permite aclarar ciertos problemas contemporáneos y definir su indispensable solución.

LA RAZA

3. EL HOMBRE: HERENCIA MAS HISTORIA

En el momento de la concepción, la célula-huevo contiene en potencia todo el desarrollo ulterior del ser humano, tal como se producirá, pero también tal como se produciría en otras circunstancias. En ese instante de su creación, el hombre posee un conjunto de posibilidades entre las cuales tendrá que elegir sin cesar; y, dicha elección permanente eliminará de su futuro posible no sólo la realidad que se incorporará a su memoria psíquica y fisiológica sino también lo rehusado y todas sus consecuencias virtuales. La vida del ser humano es, por lo tanto, enriquecimiento continuo por la actualización de posibilidades que se vuelven efectivas, pero también empobrecimiento continuo por el rechazo de posibilidades que se vuelven irrealizables. En el origen del hombre hay, por consiguiente, un capital potencial recibido; y sabemos que lo hereda de sus padres. Pero, en cada momento de su existencia, él mismo influye en dicho capital por la elección que efectúa: elección ésta que depende de sus necesidades, vale decir del medio en que vive y que pesa sobre él, pero también de su pasado que, en forma de memoria, ha transformado su ser. El hombre elige en una adaptación constante a sí mismo y al mundo exterior. Su ser depende, pues, de dos factores: la herencia que le trae el conjunto de sus posibilidades, y las circunstancias según las cuales se efectúa su elección y que rigen, por consiguiente, su historia. No es posible estudiar el hombre prescindiendo de uno de estos dos elementos. Tampoco es posible actuar eficazmente sobre él ignorándolos. Desde el doble punto de vista del estudio y de la acción, la política debe tener en cuenta la herencia del hombre, vale decir, en el sentido más general de la palabra, su raza, como también su medio.

4. EL HECHO DE LA RAZA

El concepto de raza es, hoy en día, tan amplio que resulta verdaderamente demasiado impreciso, hasta el punto de perder casi toda utilidad. Se aplica indiferentemente el término al conjunto de nuestra o nuestras especies ("la raza humana") ; a los grandes grupos "de color" ("la raza blanca") y a tal o cual de sus fracciones ("la raza aria") ; a sociedades históricas ("la raza italiana") y hasta a conjuntos lingüísticos o culturales ("la raza latina"). Sin duda, vagamente, se tiene la idea, en todos los casos, de que la raza está ligada al factor hereditario del hombre y de que un conjunto racial presenta cierta comunidad de caracteres, transmitidos con la vida, que lo diferencian de los demás. Pero se han visto, sin embargo, sociólogos y especialistas en ciencia política, atribuir al solo medio la desigualdad de los conjuntos humanos y, por lo tanto, sostener que todos poseen idénticas posibilidades. Otros, al mismo tiempo que afirmaban de modo arbitrario la homogeneidad racial de las comunidades primitivas, se han basado en la diversidad de tipos de un conjunto determinado para negar la existencia actual de las razas. Por otro lado, los antropólogos parecen propensos a establecer sus clasificaciones sobre la base de tal o cual factor arbitrariamente elegido. A veces, el color de la piel constituye el único elemento de discriminación de los conjuntos raciales; otras veces, la forma del cráneo o las propiedades de coagulación de la sangre. En el caso más favorable, se consideran varios caracteres somáticos, excluyéndose terminantemente todo factor psíquico y aun biológico. La casualidad de un descubrimiento o pseudo descubrimiento, o más simplemente la moda, transforma periódicamente, sin razón valedera, una rama esencial de la ciencia del hombre. Las ideologías se han mezclado en el asunto. Por todo eso, nos parece indispensable reenfocar el problema partiendo de los datos que la experiencia nos suministra. No necesitamos de teorías para poder afirmar el hecho de la raza. Todo el

mundo distingue a un congoleño de un chino; todo el mundo capta la diferencia que existe entre un grupo de cien suecos y otro de cien españoles. Todo el mundo sabe igualmente que el negro que nace en Nueva York es tan negro como el que ve la luz en el Congo y que, por consiguiente, algunos de los caracteres que permiten al menos competente reconocer una diferencia étnica son hereditarios. La dificultad empieza solamente con la definición del concepto de raza. Tratemos de descartar los factores que la deforman. Podemos lograrlo muy fácilmente considerando ya no al hombre sino a animales de otros géneros. Si llegamos así a establecer una definición zoológica de la raza, será sencillo ver en qué medida se aplica al fenómeno racial humano.

5. EL CONCEPTO ZOOLOGICO DE RAZA

Consideremos cierto número de perros de tipo ovejero alemán. ¿Por qué decimos que pertenecen a una raza determinada? Superficialmente, porque se parecen los unos a los otros. Poseen una misma conformación física y manifiestan las mismas cualidades psíquicas: altura mediana, pelo largo de color pardo, hocico alargado; cola en penacho, valor en el ataque, inteligencia superior a la de la mayoría de las otras razas caninas, etc. Sin embargo, todos los ovejeros alemanes no son idénticos. Su altura varía en algunos centímetros; su pelo es más o menos largo y tupido y su color abarca toda la gama de los pardos, de lo casi amarillo a lo casi negro; su valor y su inteligencia son sujetos a gradación. Tal individuo posee a veces un pelaje más oscuro que el de un doberman, cuyo color característico es el negro, o es menos inteligente que un gran danés, que pertenece a una raza poco favorecida a este respecto. Si se tratara, como a menudo se lo hace en lo que atañe al hombre, de definir la raza de los ovejeros alemanes sólo por uno de sus caracteres, se obtendrían resultados cuyo absurdo saltaría a la vista. Pero nadie piensa en hacerlo porque, cuando se trata de perros, cada uno sabe muy bien que la raza zoológica es un conjunto de individuos que poseen en común, en cierta medida cuantitativa y cualitativa, cierto número de caracteres físicos, fisiológicos y psíquicos que se transmiten por herencia. El individuo representativo de una raza es simplemente el que une en sí todos estos caracteres llevados a su grado máximo. Ahora bien: lo mismo ocurre cuando se dice que el hombre nórdico es grande, rubio, dolicocefalo, resistente, valeroso, etc.; no se define sino un "animal de concurso" y muchos nórdicos son de altura mediana, morenos, braquicefalos, débiles o cobardes. Esto no significa en absoluto que la raza nórdica sea una ficción. A lo más, se puede sostener que no se trata de una raza pura. Pero, ¿tiene sentido esta expresión?

6. EL ERROR DE LA "RAZA PURA"

Hemos considerado hasta ahora el conjunto racial como conglomerado estático de individuos. Corresponde, para poder contestar la pregunta anterior, examinarlo en su aspecto evolutivo. ¿Cuándo decimos que un ovejero alemán es de raza pura? No cuando alcanza la perfección teórica del tipo, sino cuando es nacido de padres no mestizados. Remontándonos así generación tras generación, llegaremos al origen de la raza, vale decir al momento en que, por mutación o de cualquier otro modo, una camada de ovejeros alemanes nació de padres que no eran tales. Podríamos remontarnos así, de raza en especie y de especie en género, hasta la pequeña masa de proteínas que, un día, se puso a vivir. Todo eso carecería de sentido. Si consideramos el origen común, la raza abarca la animalidad entera. Si fijamos arbitrariamente su principio en el instante de su última diferenciación, está fundada en una heterogeneidad originaria aunque se suponga que ninguna mestización haya intervenido desde entonces, lo que difícilmente se podrá afirmar aun en lo que atañe a las razas animales mejor y más antiguamente fiscalizadas. Esto no significa, ni mucho menos, que los datos genealógicos carezcan de interés, puesto que los caracteres comunes y la frecuencia de su aparición dimanarían de ellos según un proceso que examinaremos más adelante, sino que es erróneo hacer de la pureza un criterio de existencia y, con más razón, de valía de la raza. En lo que concierne, a los conjuntos humanos, se necesitaría, si se admitiera su filiación a partir de una pareja primitiva, considerarlos como perteneciendo a una raza única, lo que es contrario a los hechos. Y si se considerara una multiplicidad de mutaciones originarias, tendríamos todavía que olvidarnos del factor mestización. Las definiciones teóricas que no corresponden a la realidad no sirven en biopolítica. Lo que se llama "grado de pureza" de

una raza es simplemente su homogeneidad relativa, vale decir el hecho de que cada uno de sus componentes posea en mayor o menor número y grado los caracteres distintivos del conjunto en cuestión.

7. LA HERENCIA

Sabemos, grosso modo, como se transmiten dichos caracteres. Cada uno de los dos progenitores suministra al nuevo ser la mitad de los genes que necesita y que son en potencia su futuro posible. Dos individuos que poseen, salvo en lo que atañe al sexo el mismo capital hereditario y por consiguiente son idénticos - personas o dos ratones de raza blanca - darán descendientes de raza blanca. La cuestión se complica cuando se considera la cruce de dos individuos de dotaciones hereditarias diferentes. Cualquiera sabe, según las dos primeras leyes de Mendel, que su prole es híbrida, vale decir que une en sí los genes opuestos de los padres, sea que se combinen para dar un carácter nuevo, sea que unos predominen a expensas de los otros que se llaman entonces recesivos. En la segunda generación, después de la cruce de dos de tales híbridos, una cuarta parte de la descendencia aparece idéntica a uno de los abuelos, una cuarta parte, posee los genes del otro, y la mitad es híbrida como sus progenitores. Estas dos primeras leyes de Mendel parecen, por consiguiente, indicar que la hibridación es un fenómeno provisional y que se produce una vuelta, numéricamente, cada vez más acentuada en el curso de las generaciones, a los tipos primitivos. Pero debemos tener cuidado con la generalización abusiva y la vulgarización fácil de la genética mendeliana. En efecto, si bien es exacto que la cruce de un ratón blanco de raza "pura" con un ratón gris igualmente de raza "pura", da, en la primera generación, una camada de híbridos que sólo deben su color gris al carácter dominante de lo gris sobre lo blanco y, en la segunda generación, una cuarta parte de blancos "puros", otra cuarta parte de grises "puros" y la mitad de híbridos, no ocurre lo mismo cuando se trata de seres humanos. La cruce de dos mulatos, productos de la unión de un blanco con una negra, no dará sino mulatos de tonalidades diversas pero sin que surjan de nuevo el tipo blanco ni el tipo negro. Poco importan las explicaciones. Sólo el hecho nos interesa: el tipo híbrido se reproduce indefinidamente. Por otra parte, la tercera ley de Mendel bastaría para establecer tal permanencia. En efecto, la primera no se aplica sino a un carácter, vale decir un gene, aislado del conjunto al cual pertenece. Si se considera ya no uno sino dos caracteres, éstos se transmitirán independientemente el uno del otro. La cruce de un ratón blanco de cola larga con uno gris de cola corta dará, en la segunda generación, individuos semejantes a los abuelos, pero en la proporción de una octava parte, e individuos blancos de cola corta y grises de cola larga (1). Tratándose ya no de dos genes sino de millares, las leyes del cálculo de probabilidades hacen imposible la aparición de un individuo idéntico a uno de sus antepasados primitivos y todos los descendientes de la pareja considerada, en cualquier generación que se los examine, serán híbridos en el sentido de que poseerán algunos de los caracteres de cada uno de los tipos originarios mientras que, desde otros puntos de vista, participarán del uno y del otro. Por lo tanto, no solamente las dos primeras leyes de Mendel no se aplican al hombre más que de un modo muy relativo sino que la tercera nos demuestra que la multiplicidad de los caracteres en juego bastaría para prohibir prácticamente toda vuelta automática a los tipos primitivos de un linaje mestizo.

8, LA COMBINACION DE LOS GENES

Hasta ahora, sólo hemos encarado el caso de la descendencia de una pareja única. Pero es excepcional, en nuestras sociedades, que el matrimonio se practique entre hermanos y hermanas. En la realidad de los hechos, el problema es mucho más complejo que el que plantea la unión de dos dotaciones hereditarias Y la "mezcla" de genes es infinitamente más amplia. Sin embargo, en el seno de una comunidad reducida y cerrada, todo el mundo llega, después de cierto número de generaciones, a ser pariente de todo el mundo y cada miembro del grupo posee los mismos antepasados que cualquiera de los demás. Cuanto más reducida numéricamente en su origen y cerrada en el curso de su desarrollo es una comunidad, y cuanto más antigua es, más sus miembros poseen genes, y por consiguiente caracteres, comunes y más se parecen entre sí. Vale decir que un grupo originariamente heterogéneo se unifica por endogamia. Sin duda sus miembros no serán todos idénticos, pero sí se mostrarán, hasta cierto límite, cada vez menos desemejantes: su aspecto, su mentalidad y sus reacciones manifestarán un grado creciente de homogeneidad.

La "pureza" de una raza es por lo tanto creación de la endogamia y del tiempo. Tanto más cuanto que los genes no se combinan sólo por asociación sino también por interacción. En efecto, del choque de genes contradictorios no nace necesariamente un promedio sino a veces un carácter nuevo. Para pedir prestado nuestro lenguaje a la química lo que no debe hacerse sino con mucha prudencia diremos que los genes se unen a veces en mezcla y otras veces en aleación. En este último caso, el encuentro produce la actualización de caracteres hasta entonces latentes. Sin duda, se trata de un fenómeno excepcional, pero conviene tenerlo en cuenta en todo estudio del proceso de hibridación.

9. EL DOBLE EFECTO DE LA MESTIZACIÓN

No nos ocuparemos aquí de los resultados de la unión de dos razas en un individuo mestizo. Pero tenemos que notar sus consecuencias en una comunidad étnica. Dejando a un lado todo juicio de valor, nuestros análisis anteriores demuestran que la mestización trae a un conjunto humano un acrecentamiento de su masa hereditaria. Los individuos que lo componen son más diversos, y tanto más cuanto que los tipos originarios eran más alejados el uno del otro. Pero lo que así gana el conjunto en variedad, luego en posibilidades por lo menos teóricas, está contrabalanceado por lo que pierde en estabilidad y unidad, por lo menos hasta que haya reconquistado su homogeneidad. El conjunto étnico homogéneo está concentrado en la realización de lo que es. Posee una meta bien definida y una voluntad de poderío afirmada.

Tiene conciencia de sí mismo. Es "de una sola pieza". El conjunto mestizo todavía no homogeneizado está tironeado, por el contrario, entre aspiraciones diversas y, a menudo contradictorias. Se dispersa y se relaja. Necesita tiempo para volverse otra vez dueño de sí mismo; exactamente el tiempo necesario para la reconstitución de su unidad étnica. Por supuesto, la nueva raza que nace de la hibridación, cualquiera que sea su valor, es distinta de sus dos componentes. Sin embargo, existen razas cuyos caracteres distintivos principales son generalmente dominantes y que poseen así la capacidad de conservar en estado latente algunos de los genes extraños que se incorporan por mestización a su capital hereditario. Pero tal propiedad es excepcional y no invalida el hecho general de que los conjuntos étnicos mestizados pierden por un tiempo, con su unidad hereditaria, su armonía y su tensión.

10. LA MUTACIÓN

Hemos razonado hasta ahora como si los genes, y por consiguiente los caracteres hereditarios que representan, se trasmitiesen sin modificación alguna de generación en generación. Si fuera así, los conjuntos étnicos no serían jamás sino el producto de combinaciones particulares de elementos conocidos y el simple fenómeno del brote por mestización de nuevos caracteres quedaría incomprensible. Pero si era posible a pesar de todo, en el siglo pasado concebir la evolución de las razas humanas a partir de grupos primitivos que se entremezclaban cada vez más a medida que se desarrollaba la historia, debemos hoy día tener en cuenta el hecho de la mutación, indiscutiblemente establecido por la genética contemporánea. En ciertas circunstancias naturales o experimentales, nace de un linaje conocido una descendencia diferente, en uno o varios puntos primordiales, de sus progenitores, y los nuevos caracteres que surgen así se transmiten por herencia. La masa hereditaria es, por consiguiente, capaz de modificarse en su acto, si no en su ser. No se concebiría, en efecto, una creación ex nihilo de los caracteres recién aparecidos. Luego, tenemos que admitir que éstos existían en potencia en los genes de los progenitores y que sólo constituye novedad su actualización en determinado momento de la evolución del linaje considerado. Por lo tanto, la mutación consiste en un paso de la potencia al acto, vale decir del estado virtual al estado de hecho de caracteres que llamamos nuevos porque aparecen súbitamente en un linaje, sin que nada haya podido dejar suponer su existencia latente, en los progenitores lo mutante. La importancia etnológica del fenómeno es considerable puesto que nos permite entender mejor el proceso de mestización y reconstrucción de la homogeneidad del grupo mezclado: bajo el choque producido por la unión de ser de razas distintas, surgen por mutación, caracteres que no pertenecían a ninguno de los grupos constitutivos que traen así a la nueva comunidad étnica particularidades que refuerzan su homogeneidad. Pero la mutación puede ser también factor de

diferenciación cuando hace nacer en el seno de una raza o un linaje individuos desemejantes a sus padres. El sistema de selección que permite a los criadores mejorar las razas que les interesan, y hasta crear otras sin tener que recurrir al lento proceso de la cruce se funda en parte en este fenómeno.

La biopolítica, como la zootecnia, encuentra, en la mutación una de las bases esenciales de su acción.

11. LA HERENCIA DE LOS CARACTERES ADQUIRIDOS

También se debe tener en cuenta otro factor no menos importante, aunque negado hasta los últimos años por la mayor parte de los biólogos y psicólogos: la herencia de los caracteres adquiridos. Sabemos que el individuo puede contraer hábitos. Sus órganos y su mente son capaces de aumentar sus posibilidades de acción por el juego de la memoria. El métier de un artista o un obrero no es sino un conjunto de hábitos "almacenados" que constituyen una añadidura a su dotación hereditaria. Pero dicho individuo ¿trasmite a su descendencia todo o parte de tal acrecentamiento. de su ser? Muchos biólogos del siglo XIX, formados en un cientificismo estrecho, lo negaron por la única razón de que no habían podido producir el fenómeno en experimentos de laboratorio. Ni los ratones ni las moscas drosófilas parecían transmitir a sus respectivas descendencias sus caracteres adquiridos. ¿Qué probaba eso, sino que la experimentación biológica era impotente, en algunos campos, para reproducir las realidades de la vida? Hoy en día, la herencia de los caracteres adquiridos ha sido demostrada plenamente merced a los resultados logrados en los Estados Unidos con la colchicina y en Rusia por el método natural de Michurin. Por otro lado, no faltan, fuera de los laboratorios, casos bien conocidos de hábitos transmitidos por herencia. Tomemos el ejemplo decisivo de los perros de muestra. Cualquier criador, y aun cualquier cazador, sabe perfectamente que un cachorro de raza pointer marcará la muestra desde su primera salida si se trata de un animal de linaje y que, de todas maneras, un adiestramiento rápido bastará para obtener de él lo que se espera. Sin embargo, no hay nada más antinatural que la muestra en un perro cuyos antepasados vivían de la caza. Se trata por consiguiente, sin duda alguna, de una predisposición heredada de una larga serie de ascendientes que recibieron un adiestramiento adecuado. Nadie ignora. que la calidad y el valor comercial de un perro de muestra dependen, precisamente, de su pedigree, vale decir del nivel alcanzado por el linaje en el momento de su nacimiento. En el orden humano, es bien conocido, aunque puesto en duda por los negadores de la herencia de los caracteres adquiridos, que varias generaciones son necesarias para formar un buen obrero en ciertos oficios difíciles, la cristalería por ejemplo. Tenemos más confianza, a este respecto, en el testimonio y, sobre todo, en la práctica de los industriales que afirman la realidad del fenómeno que en las aserciones de los teóricos científicos. Además ¿no se contradecían a sí mismos esos transformistas del siglo pasado que, mientras negaban la herencia de los hábitos, fundaban su teoría de la evolución de las especies en una modificación paulatina de las generaciones bajo el efecto del medio, modificación ésta que no podía efectuarse sino merced a la transmisión hereditaria de los progresos realizados?

12. LA MEMORIA HEREDITARIA

De todas maneras, los hechos, hoy día establecidos aun en el laboratorio, ya no pueden ponerse en duda. No sólo los genes son capaces, por mutación, de actualizar caracteres hasta entonces meramente potenciales, sino que también son susceptibles de transformación. Las células reproductoras registran en alguna medida las modificaciones mnemónicas y las transmiten. Es evidente que si los miembros sucesivos de un linaje viven todos la misma experiencia, la repetición influirá en el grupo considerado cada vez más enérgicamente y el hábito, en el sentido más amplio de la palabra, de cada individuo se convertirá en instinto hereditario. Es verosímilmente así que las abejas adquirieron la técnica que les permite fabricar la miel. Es seguramente así que el adiestramiento de numerosas generaciones de perros transformó una especie salvaje en razas domesticas. Acabamos, voluntariamente, de escoger dos ejemplos muy desemejantes. En efecto, en el caso de la abeja, se trata de una automodificación por adaptación a necesidades de existencia. En el caso del perro, por el contrario, se trata de una modificación impuesta por el hombre.

La raza se modifica, pues, por adquisición de caracteres bajo la acción del medio que le impone ciertas condiciones de vida, pero el hombre puede incorporarse a dicho medio y actuar así sobre los conjuntos étnicos que desea transformar. Esto es verdad en lo que atañe tanto al hombre como a los otros animales. Pero queda bien entendido que los nuevos caracteres no se adquieren sino en la medida en que la raza considerada se muestra capaz de adaptación y educación. Bien se podrá criar en medio de las flores a generaciones sucesivas de moscas: no se pondrán a fabricar miel. Y se tratará en vano de domesticar el tigre. Lo mismo ocurre con el hombre. La biopolítica posee con la herencia de los caracteres adquiridos un medio de acción eficaz, pero solamente en la medida en que las modificaciones que desea obtener en un conjunto étnico están incluidas a título de posibilidades en la masa hereditaria de este último. Los genes, por lo tanto, no crecen en posibilidades sino en experiencia, vale decir en dinanismos de actualización que se manifiestan automáticamente en las generaciones herederas en lugar de realizarse al precio de largos esfuerzos individuales. Por la herencia de los caracteres adquiridos, una raza se vuelve adulta, exactamente como un niño cuyo ser absorbe conocimientos mnemónicos a lo largo de su experiencia. Por consiguiente, es posible "criar" una raza como se cría a un ser humano.

13. LA ACCION DEL MEDIO

Nuestros análisis anteriores nos permiten entender mejor el papel del medio como factor de evolución de las razas. Y empleamos la palabra "medio" para expresar no sólo las condiciones geofísicas y geopolíticas de la vida de los conjuntos étnicos sino también las que podríamos llamar educativas, en el sentido de que dependen de una voluntad de acción interior o exterior a la comunidad. El medio actúa sobre la raza como agente de actualización y selección de sus posibilidades inmanentes. El conjunto se encuentra con respecto a él en una situación semejante a la del ajedrecista frente al tablero. Este posee una capacidad - vale decir posibilidades virtuales de jugar de tal o cual modo - que es dada al comienzo del partido y proviene de sus dotes biopsíquicas y de su experiencia. Pero su juego efectivo depende no sólo de dicha capacidad sino también de la posición de las piezas del adversario y de las suyas propias en un momento determinado. Esta constituye la condición del medio que influye en su decisión de mover tal pieza en tal dirección cuando muchas otras combinaciones son teóricamente posibles. Dos jugadores de iguales posibilidades puestos en presencia de condiciones distintas evidentemente no reaccionarán del mismo modo, y tampoco dos jugadores de capacidades o solamente de técnicas diferentes colocados frente a un mismo problema.

Reemplacemos tablero por condiciones geográficas y sociales y jugador por conjunto étnico y habremos definido la acción del medio sobre la raza. Nadie ignora, por ejemplo, que el mar suscita, en el hombre blanco, la audacia; la montaña, la resistencia y el clima tropical, la apatía. Pero el negro de la costa africana nunca se ha vuelto navegante, no resiste la altura y el clima cálido es indispensable a su energía relativa. Cada raza, por lo tanto, es capaz de adaptarse a cierto abanico de condiciones planteadas por el medio y adaptándose, se modifica en función de dicho medio, pero siempre según las posibilidades de su masa hereditaria.

14. EL DOBLE EFECTO DEL MEDIO

Cuando se considera un conjunto étnico en un medio determinado, se comprueba un doble proceso de diferenciación y unificación de la comunidad que constituye. Diferenciación con respecto a los demás grupos de la misma raza necesariamente sometidos a condiciones de desarrollo diferentes: en algunas comarcas aisladas, racialmente homogéneas, se nota aun en nuestros días, a pesar de la mezcla producida por la extensión de los medios de transporte; desemejanzas, que bien tenemos que llamar étnicas, de aldea en aldea: el suelo y, por consiguiente, parte de los alimentos consumidos no son absolutamente, idénticos, ni estas "fuerzas telúricas" cuyos efectos se comprueban sin que se sepa todavía a qué corresponden exactamente. Si se consideran, en el otro extremo, dos conjuntos del mismo origen pero colocados el uno en las tierras heladas del gran norte y el otro en el Ecuador, el medio actuará, en sentidos contrarios, con tal potencia que se tendrá a veces, con el tiempo, la impresión de encontrarse frente a comunidades sin mayor

parentesco étnico. Notemos que, en la práctica, y aun en lo que atañe a los tiempos históricos, a menudo resulta imposible saber a ciencia cierta cuál es la parte de la mestización y cuál la del medio en la diferenciación de las razas. Por el contrario, es más fácil aprehender el fenómeno de unificación de un conjunto heterogéneo bajo la acción del medio. Todas las naciones europeas de hoy son el producto de recientes mezclas y su homogeneidad por endogamia aún está lejos de ser perfecta. Sin embargo, la identidad de condiciones de vida ha hecho surgir caracteres nacionales que permiten distinguir a simple vista un grupo de cien italianos de uno de cien ingleses. Lo mismo ocurre en el seno de comunidades sociales reducidas que viven en el mismo suelo, pero están sometidas a condiciones de existencia diferentes en tal o cual punto: en una ciudad determinada, se distingue, sin mayor dificultad, por lo menos en los países, donde la, estratificación social no es muy reciente, a un obrero de un burgués.

15. LIMITES DE LA ACCION DEL MEDIO

Tengamos cuidado, sin embargo; de no caer en el error corriente de poner en un plano de igualdad raza y medio. Mucho se ha exagerado la eficacia de este último factor, a menudo por razones muy poco científicas. ¿Se comprueban en el seno de la gran raza blanca diferencias étnicas tan marcadas como las que distinguen a los suecos de los sicilianos? Se olvidan casi siempre las mestizaciones sucesivas que modificaron la raza de los últimos. También se olvida frecuentemente que la diferenciación, bajo la acción del medio, de razas que provienen de un mismo tronco se ha producido en el curso de milenios, y que las modificaciones históricamente observables se reducen a poca cosa en comparación con la parte estable de la masa hereditaria de los conjuntos étnicos. Por consiguiente, sin negar que el medio haya sido el factor de la formación de las razas actuales, bien tenemos que comprobar que, en nuestra escala de observación y de acción, su influencia sólo es secundaria, siendo erróneo atribuirle la responsabilidad de las diferencias fundamentales que separan las razas. Si bien parece establecido que el índice cefálico, que se consideraba hasta hace poco un carácter hereditario inalterable, es susceptible de sufrir la acción del medio, como es el caso de los hijos de inmigrantes blancos en Nueva York, no queda menos cierto que los niños nacidos en dicha ciudad de parientes semitas o negros conservan sus características étnicas esenciales: sólo la mestización repetida logra unificarlos, por lo menos exteriormente, con los norteamericanos de estirpe europea. Hace ya un siglo que Gobineau notó con acierto que "en todas partes el mundo ha visto florecer sucesivamente, y en los mismos suelos, la barbarie y la civilización" según las razas que los han poblado. La acción actualizadora del medio, admítanse o no las teorías monogenistas, es, sin duda, el factor de la diferenciación de las razas. Pero tenemos que comprobar que lo esencial de dicha diferenciación ya estaba cumplido en el origen de los tiempos que nos son más o menos conocidos, no siendo posible, por otra parte, volver sobre la historia de la especie - o de las especies - que se impone a nosotros. Ninguna acción del medio puede hoy día borrar ni siquiera atenuar de manera perceptible las diferencias adquiridas entre las grandes razas de "color" ni entre las razas principales constituidas en el seno de éstas, exactamente como simples cambios de clima, alimentación y adiestramiento no son capaces de transformar en percherón una jaca de Shetland. Pero sabemos también que los caracteres adquiridos en el curso de su evolución por los distintos conjuntos étnicos poseen un margen de variación sometido al medio. El clima tropical no transformará en negros un linaje de blancos, pero si atenuará su dinamismo y sus facultades de invención. Y bastarán dos o tres generaciones en la fábrica para convertir en proletarios, física y psíquicamente, un linaje de campesinos, mientras que las condiciones de la vida urbana moderna producen la rápida degeneración de quienes sufren sus efectos. Las razas humanas están hoy en día un poco en la situación del ajedrecista al final de un largo partido. Este no puede volver sobre sus jugadas anteriores ni recuperar las piezas perdidas y debe tener en cuenta la historia del partido, que pesa sobre sus últimas posibilidades. El medio - la posición de las piezas en el tablero - condiciona todavía su juego y puede hacerle perder o ganar, pero solamente en la medida en que su sino no esté determinado ya por sus elecciones pasadas. Quizás fuera agradable al árabe remontarse al punto de separación de las razas blancas y orientarse entonces hacia los arios: sería éste un anhelo sin significado. Pero un jefe consciente podrá impedir que abandone sus camellos por alguna fábrica y evitar así que un medio degradante destruya las posibilidades que le quedan. Es un hecho al cual nada se puede cambiar que el medio, agente eficaz, de diferenciación, unificación y progreso - o decadencia - de los

conjuntos étnicos, sólo actúa de modo decisivo en el marco de las razas existentes y se muestra incapaz de volver sobre lo anteriormente adquirido.

16. CREACION DE LA RAZA

Nos hallamos ahora en condiciones de captar el proceso de constitución de un grupo racial en las varias hipótesis posibles. La raza se crea por mestización y bajo la acción del medio. Pero mientras que la mestización es capaz, por sí misma y hasta en los casos extremos, de realizar la homogeneidad del conjunto originariamente complejo, el medio no puede sino actualizar los caracteres virtuales comunes a los varios elementos étnicos que intervienen en la formación de la nueva comunidad. Vale decir que su acción está limitada por las posibilidades ya existentes, aunque no manifiestas, de la masa hereditaria de los componentes del grupo. El hombre sólo se adapta al medio en la medida que posee en sí mismo la respuesta a las condiciones que éste le plantea. Notemos sin embargo que por la selección que estudiaremos más adelante el medio es capaz de una acción, negativa sin duda, pero que domina la herencia del conjunto considerado, puesto que puede eliminar ciertos elementos constitutivos en provecho de otros más resistentes o más adaptados. Ahora, aprehendemos mejor la jerarquía que existe entre los factores de creación de la raza. La masa hereditaria de un conjunto constituye la totalidad de sus posibilidades biopsíquicas y queda esencialmente invariable. Pero algunas de dichas posibilidades sólo se manifiestan en condiciones particulares del medio, mientras que la selección determina cierta elección entre los caracteres heredados. De ahí se deduce no solamente que la raza, lejos de ser un recuerdo más o menos mítico del pasado, es por el contrario una creación continua de la historia sino también que nos es posible influir en su proceso de formación. Eso es lo que hacen, más o menos empíricamente, los criadores: modifican, por mestización, la masa hereditaria del grupo que les interesa; imponen a éste condiciones de vida que suscitan, o por lo menos favorecen tal o cual carácter deseado; le dan eventualmente un adiestramiento que se transmitirá, con el tiempo, en forma de carácter adquirido, de generación en generación; seleccionan a los individuos mutantes, sea para eliminarlos, sea para utilizarlos como reproductores; descartan, por fin, los elementos que no corresponden al tipo buscado. Logran así crear razas casi perfectamente homogéneas y bien adaptadas a un fin determinado. Corresponde a la biopolítica estudiar, sobre las bases así establecidas, cuál es la importancia del factor étnico en las sociedades humana y precisar en qué medida es posible y deseable aplicarles las normas y procedimientos de la zootecnia. Le corresponde después actuar. Ya es tiempo, en efecto de que el hombre cuide su raza tanto como la de sus animales domésticos.

LA ETNOPOLITICA

17. LA CLASIFICACION DE LAS RAZAS

Nuestros análisis anteriores muestran cuán inútil es intentar la clasificación de las razas sobre la base de hipótesis de origen específico que el actual estado de la antropología no permite afirmar ni negar. Puesto que la raza se crea, nos importa menos saber si existían en el principio de la humanidad uno o varios grupos étnicos que precisar empíricamente la distinción presente de las comunidades raciales. No siendo posible, en nuestra escala de observación y acción, comprobar ni producir el paso de un individuo o conjunto humano de una gran raza a otra, es indiferente para nosotros que dichas grandes razas hayan existido desde el origen o sean el resultado de una diferenciación prehistórica sobre la cual no se pueda volver. Pero hablar de grandes razas es ya establecer una clasificación entre los conjuntos étnicos, vale decir comprobar la existencia de amplias comunidades raciales, cada una de las cuales posee determinados caracteres físicos, biológicos y psíquicos que también se manifiestan, en alguna medida en los conjuntos internos más diferenciados. Se admite hoy día, unánimemente, que las grandes razas son tres, las que, por falta de una terminología más exacta, llamamos blanca, amarilla y negra; denominaciones poco satisfactorias, ya que el color es sólo uno de los caracteres distintivos reconocidos, aunque el más visible, pudiendo su elección

trabar al etnólogo en su intento de clasificar algunos conjuntos mestizos o marginales. Las grandes razas son, por lo general, perfectamente deslindadas, como también las razas en que se dividen, trátense de productos de una diferenciación por el medio o por la mestización, lo que no siempre podemos afirmar con certeza. No se necesita ser especialista para distinguir a cien japoneses de cien mongoles o a cien chinos del norte de cien guaraníes y definir las razas correspondientes como conjuntos diferenciados de la gran raza amarilla. Igualmente se podrá distinguir sin mayor dificultad, en el seno de la gran raza blanca, la raza semita, o, en el seno de la gran raza negra, la raza pigmea. Sin embargo, en este nivel, la delimitación se hace ya menos precisa y deja "residuos" no clasificados o de clasificación discutible. Por ejemplo: el conjunto de los blancos europeos ni semitas ni camitas ¿constituye una o varias razas? Las respuestas son contradictorias por dos razones: primero, los métodos erróneos de clasificación fundados en caracteres inestables, tales como la altura o la forma del cráneo; en segundo lugar, la obstinación historicista de los que quieren a toda costa apoyarse en el origen de las razas consideradas, olvidando que los conjuntos étnicos son el producto de un doble proceso de diferenciación y fusión, con predominio, según la época, de una u otra de dichas tendencias evolutivas. Los blancos europeos habrán constituido en otro tiempo varias razas bien distintas. Pero su estado de fusión es tal hoy en día que casi constituyen una única, en la cual ya se distinguen las razas en formación que corresponden a las comunidades geográficas y políticas. Históricamente, es sin duda erróneo calificar de arios a todos los europeos, pero étnicamente es exacto en conjunto, sea o no acertada la denominación elegida y aunque no siempre podamos precisar en qué medida no permanecen, debajo de las diferenciaciones actuales, supervivencias de razas que existían antes de su fusión relativa. Este movimiento constante y diverso a menudo se olvida cuando se trata de establecer un mapa de las razas. Mientras que es fácil deslindar, a pesar de las innumerables mestizaciones, el territorio de las grandes razas, así como el de conjuntos netamente diferenciados por hibridación entre grandes razas - los malayos, por ejemplo -, la tarea se vuelve delicada cuando se trata de las razas, porque algunas de ellas se encuentran en continua fluctuación. En Europa, las antiguas delimitaciones de las razas nórdica, alpina y mediterránea no han perdido todavía todo significado, pero tienden a ser removidas por las nuevas razas nacionales, por otro lado menos diferenciadas en razón de la creciente interrelación de las comunidades y de la uniformación de las condiciones de vida. Vale decir que si bien la raza, cuando sus caracteres distintivos son dominantes y poco variables, es tan estable como la gran raza y no se modifica esencialmente sino por mestización, es fundamentalmente inestable cuando sus caracteres son sensibles a la presión del medio o sujetos a mutación. Por lo tanto, existen razas esencialmente diferenciadas, cuyos caracteres distintivos adquiridos ya no pueden ser modificados sino por mestización, y razas accidentalmente diferenciadas, cuyos caracteres distintivos adquiridos son todavía susceptibles de modificación por el medio.

18. EL CRISOL

Esta última observación es importantísima, puesto que permite establecer lo que podríamos llamar el grado de parentesco de las razas, vale decir la relativa facilidad de su eventual fusión en un todo homogéneo, así como precisar el concepto de mestización. Si en efecto, se unen dos individuos o dos conjuntos pertenecientes a razas accidentalmente diferenciadas, su descendencia poseerá los caracteres comunes a las dos razas, mientras que los caracteres distintivos accidentales serán atenuados y, con el tiempo, borrados por el medio. Tal es el caso, particularmente claro, de las casas reales de Europa: el Zar Nicolás II y el Rey Alfonso XIII tenían en las venas sangre de todas las antiguas razas del viejo continente; manifestaban sin embargo los caracteres étnicos de los rusos y los españoles respectivamente, vale decir de nuevas razas en formación. Por el contrario, la alianza de razas esencialmente diferenciadas da híbridos, exactamente como la de grandes razas. Es decir que un nuevo conjunto sólo nacerá de ellas por homogeneización endogámica. Tenemos ahora la explicación del fenómeno, llamado "del crisol" tal como se produce en los Estados Unidos donde elementos procedentes de todas las razas europeas ya han obtenido, en un tiempo muy breve y a pesar de una inmigración casi continua, una homogeneidad relativa que hace de su población un nuevo conjunto étnico cuyos caracteres propios son netamente perceptibles. Por el contrario, los judíos que viven en Europa desde hace más de dos milenios han conservado, por pertenecer a una raza esencialmente diferenciada en el seno de la gran raza blanca, caracteres peculiares que los distinguen de las poblaciones arias. Resulta de todo eso que se puede clasificar a las comunidades sociales, desde el punto de vista étnico,

en dos categorías: las que son racialmente homogéneas, procedan ya de un tronco único, ya de una "mezcla" de razas accidentalmente diferenciadas o de una mestización completa, y las que son racialmente heterogéneas porque la unificación de elementos constitutivos pertenecientes a razas esencialmente diferenciadas todavía no está terminada. Resulta, igualmente, que la unidad étnica de un país de inmigración depende del grado de parentesco de las razas que componen su población y del tiempo transcurrido desde su puesta en contacto.

19. LA DESIGUALDAD DE LAS RAZAS

El grado de homogeneidad étnica de las sociedades humanas no constituye el único factor de clasificación que deba tener en cuenta la biopolítica. Hay también que considerar el valor relativo de las razas en presencia. Es extraño que dicho problema haya sido y sea todavía objeto de discusiones tan vivas y que se persista en falsear sus datos con interpretaciones teológico-metafísicas - además por lo menos discutibles - que nada tienen que hacer en un campo en que sólo debe imperar la observación objetiva. Las razas son desiguales como los individuos. Cualquiera sea la razón - insuficiencia originaria o evolución posterior mal dirigida - el hecho es que ciertos conjuntos étnicos se muestran hoy en día incapaces de crear una civilización y hasta de asimilar la que se les suministra. ¿Podrán hacerlo, en el porvenir? Lo ignoramos, y aun en este caso subsistiría su actual inferioridad: el niño no es el igual del adulto, y menos aún cuando se trata de un niño atrasado. Notemos, por otro lado, que ciertas razas llamadas primitivas son en realidad degeneradas, sin que el nivel de su época más brillante se haya jamás elevado muy alto. Pero ¿para qué insistir? Nadie pone en duda los hechos: la gran raza negra no ha producido ni ciencia, ni literatura, ni filosofía, ni teología; su arte no se puede comparar con los de Europa, Asia y América; su organización política ha quedado rudimentaria. Nadie discute tampoco el hecho de que los blancos, dondequiera que hayan aparecido, han constituido un poderoso factor de orden y progreso. ¿Entonces? Los pocos defensores de la igualdad de las razas explotan casos individuales que no significan absolutamente nada. Evidencie tal jefe de tribu africana más inteligencia que un campesino común de Europa y más valor moral que un delincuente chino, y haya sido el negro norteamericano Carver un gran químico y hasta un bienhechor de la humanidad, todo eso implica simplemente que los conjuntos étnicos no están globalmente superpuestos en la escala de los valores y que el primero de los negros no viene después del último de los amarillos o de los blancos. Pero, cuando consideramos una raza, es la comunidad que representa la que nos interesa, con su élite y sus imbéciles, mas en cuanto conjunto orgánico y no como suma de individuos. No vayamos a creer, sin embargo, que a comparación entre conjuntos étnicos sea siempre fácil de hacer y su resultado, siempre indiscutible. El concepto de superioridad es esencialmente relativo a la escala de valores que se acepta o se crea. Si se decreta que la resistencia al calor es criterio más importante que la inteligencia, se deberá admitir la superioridad de la gran raza negra sobre las demás y especialmente sobre la blanca... Rozamos aquí la paradoja. La dificultad, aunque cierta, no se manifiesta límite. Cuando se ve, por el contrario, a lo largo de la historia, las grandes razas blanca y amarilla, y sobre todo la primera, dominar en todas partes por donde pasen, crear imperios, culturas y técnicas, no es fácil negarles la supremacía de conjunto, aun cuando su superioridad pueda ser discutida sobre tal o cual punto en particular. Por otra parte, una divergencia de juicios sobre el valor relativo de tal y cual conjunto étnico no contradiría en absoluto el hecho de la desigualdad de las razas, el único que nos interesa aquí.

20. RAZA Y COMUNIDAD

Salvo unas pocas alusiones, sólo hemos considerado hasta ahora a los conjuntos étnicos, homogéneos o no, lo que era indispensable para poder echar las bases teóricas de nuestro estudio. Pero, en la realidad de la historia pasada y presente, conjunto étnico y Comunidad política no se confunden sino muy excepcionalmente: ora una raza comprende varias comunidades, ora una Comunidad posee en su seno elementos étnicos diversos. Ya que la sociedad política debe evidentemente constituir el marco de la biopolítica, aun cuando nuestras conclusiones nos obliguen a juzgar defectuoso el trazado de sus fronteras, tenemos ahora que considerarla desde el punto de vista étnico. Sea, por lo tanto, una Comunidad política

orgánicamente compuesta de grupos básicos biológicos, económicos, religiosos, etc. federados en forma de pirámide. Si dicho conjunto es racialmente homogéneo, o por lo menos constituido, por elementos étnicos accidentalmente diferenciados en vías de unificación, como es el caso de las naciones de la Europa occidental y, salvo la importante minoría judía y la ínfima minoría india, de la Argentina, su valor depende, sin discusión posible, de la masa hereditaria común. No queremos decir con eso que los factores geofísicos, geopolíticos, institucionales, económicos, religiosos, culturales, lingüísticos, etc., constituyan meras estructuras determinadas o superestructuras ilusorias y que sólo la raza dé a la Comunidad las condiciones de su ser político, sino simplemente que dichos factores ven su eficacia y hasta su misma existencia subordinadas a las posibilidades étnicas del conjunto. La raza es, por consiguiente, el substrato, modificable en la medida que ya hemos precisado, de la vida de la Comunidad: una especie de materia prima que no es maleable sino dentro de ciertos límites y de la cual nadie - Estado comunitario o Estado conquistador - puede prescindir so pena de fracaso; y dicho fracaso será sancionado por una inferioridad política relativa que provocará con el tiempo la degeneración biológica del conjunto considerado. Nos parece extraño que el hombre de la calle entienda sin dificultad que el clima sólo tiene un valor relativo a la raza y que, por ejemplo, el del Ecuador, excelente para los negros, produce por el contrario sobre los blancos un efecto debilitante, pero se obstina demasiado a menudo en considerar como absoluto el valor de tal o cual régimen institucional. Es cierto que existen leyes políticas generales que se aplican a todas las sociedades humanas, precisamente porque son humanas y se apoyan en un fondo común; pero cada raza posee caracteres propios que exigen, para manifestarse con toda su fuerza, un orden particular.

21. LAS COMUNIDADES POLIÉTNICAS

El inciso anterior sólo se refiere a las sociedades políticas de raza homogénea. Pero acontece que, por el juego de circunstancias históricas diversas, una Comunidad comprenda a veces a individuos y grupos pertenecientes a distintas grandes razas o conjuntos étnicos esencialmente diferenciados. Ora las razas en presencia son indudablemente desiguales, como cuando se trata de blancos y negros, por ejemplo; ora son tan sólo diferentes, o desiguales con respecto a una escala de valores sujeta a discusión. La valía de tal Comunidad poliétnica depende evidentemente de los elementos raciales que la componen. Pero ¿es exacto decir, como en el caso de una Comunidad étnicamente homogénea, que dimana de su masa hereditaria? No, pues no están en juego una sino varias masas hereditarias diferentes y, a menudo, desiguales que actúan por su presencia, pero también por sus relaciones. Así los negros de los Estados Unidos disminuyen, por los problemas que su existencia suscita, el valor político de la Comunidad de que forman parte, mientras que los negros del Angola dan a esa provincia portuguesa una mano de obra sin la cual ni siquiera podría subsistir. ¿Por qué tal diferencia? Simplemente porque, en el primer caso, las instituciones no corresponden a la realidad. Las leyes federales norteamericanas no tienen en cuenta ni la existencia ni menos todavía la desigualdad de hecho de los dos conjuntos étnicos asociados: están elaboradas para los blancos y aplicadas tales cuales a los negros, lo que constituye un disparate creador de todas las dificultades que se saben. La convivencia, en una misma Comunidad política, de razas desiguales no es en sí, ni mucho menos, un factor de inferioridad. Por cierto, una nación étnicamente unitaria posee, además de su valor esencial, una particular eficacia en la acción como en la resistencia. Pero no es sino la eficacia de lo que es: sería estúpido adquirirla por mestización a expensas del ser de la raza dominante. Una Comunidad poliétnica jerarquizada posee, en el valor de su componente superior aumentado de las posibilidades del inferior, mientras que la fusión establecería la unidad en un nivel intermedio entre las dos razas originarias. Se crearía además, durante varias generaciones, un perjudicial estado de heterogeneidad. Notemos, por otra parte, que unidad étnica y unidad política no se confunden. La cohesión política de la Comunidad depende de la organización social y del poderío del Estado del que depende la síntesis de las fuerzas en juego. Cuando los conjuntos étnicos inferiores son mantenidos en el lugar que corresponde a su valor funcional en el seno de la sociedad de que forman parte, no sólo no amenazan la unidad sino que contribuyen a afirmarla, puesto que representan fuerzas útiles del haz comunitario. El problema etnopolítico de las relaciones interraciales sólo se plantea a partir del momento en que uno o varios elementos constitutivos escapan del orden social y tienden a obtener un lugar que no corresponde a su valor intrínseco ni a su papel orgánico, vale decir rehusan desempeñar su función propia en el seno de la Comunidad.

22 LA ESPECIALIZACION RACIAL EN UNA SOCIEDAD ORGANICA

Los liberales que predicaban y, a menudo imponen la igualdad política de las razas olvidan que, si bien ciertos derechos son inherentes a la misma naturaleza del hombre y otros, al valor individual, los derechos propiamente políticos corresponden no sólo, a obligaciones, lo que constituye el aspecto moral del problema, sino sobre todo a una función social. Pero las funciones, en el seno de una Comunidad, por poco desarrollada que esté son desiguales en importancia y exigen de los que las desempeñan capacidades desiguales. ¿No es lógico y posible concebir una Comunidad polietnica en la cual ciertas funciones estuvieran reservadas orgánicamente a tal conjunto racial que manifestara para ellas particulares aptitudes? La raza inferior, o simplemente inasimilable, encontraría su lugar en la sociedad política y gozaría de los derechos correspondientes, y solamente de éstos. No faltan ejemplos históricos de semejante organización. El más conocido es, sin duda, el de los Estados Unidos antes de la guerra de secesión. Los negros desempeñaban funciones subalternas determinadas. Poseían, en contrapartida, el derecho de ser alimentados, alojados y vestidos, aun en la vejez; de ser asistidos en caso de enfermedad y protegidos siempre. Útiles a la Comunidad de que formaban parte, nadie pensaba en excluirlos de ella ni en odiarlos. Cuando la victoria del Norte liberal hubo suprimido esta especialización racial y roto el orden funcional poliétnico, los negros no adquirieron, por supuesto, las capacidades cuyo defecto los había hecho colocar en el más bajo nivel de la escala social; salvo algunas excepciones individuales, siguieron siendo peones y criados y todavía lo son hoy, después de cien años.

Conservaron, pues, las funciones para las cuales estaban predispuestos. Pero perdieron los derechos correspondientes: los negros proletarios no conocen ni seguros ni jubilación ni estabilidad en el empleo. Se les reconocieron sí los mismos derechos políticos que a los blancos de quienes se creyeron entonces iguales. Se volvieron, por sus reivindicaciones, un peligro para una Comunidad en la que no aparecían más como necesarios: de ahí las reacciones a menudo brutales de que sufrían y sufren los efectos. Así como una raza de células (1) que pierde su función orgánica, los negros de los Estados Unidos se han transformado en un verdadero cáncer social. Es tan vano reprochárselo como indignarse. No se trata de culpabilidad ni de buenos sentimientos, sino de una situación etnopolítica cuyas causas conocemos y que se debe remediar, de ser todavía posible, por una reestructuración de la Comunidad.

23. LA ESCLAVITUD

Durante siglos, la esclavitud resolvió el problema, más exactamente, impidió que se planteara. Por una coacción efectiva o teórica, los negros estaban agregados a las familias blancas de que se volvían parte integrante, en posición subordinada. La sociedad esclavista no estaba constituida, pues, por dos conjuntos raciales yuxtapuestos, sino por una multitud de células familiares biétnicas. Por cierto, el sistema no era perfecto, ni mucho menos, y numerosas reformas se imponían. Pero corresponde juzgar la esclavitud desde el punto de vista político, vale decir con respecto a su fin: la convivencia armónica de dos o más razas en una misma Comunidad. No podemos dudar de que el sistema mantuvo entre blancos y negros relaciones orgánicas funcionales conformes al valor relativo de los grupos étnicos en contacto, si bien no siempre de los individuos que los componían. El esclavo estaba incorporado en la sociedad; no se lo trataba como paria ni como enemigo; se beneficiaba generalmente, tenido en cuenta el nivel de vida de la época, con una posición superior a la del proletario que es hoy en día. El amo estaba protegido no solamente contra las consecuencias de una eventual lucha de razas sino también y sobre todo contra el posible olvido de su superioridad étnica. El sistema esclavista complementaba, en efecto, la desigualdad de hecho de las razas con una desigualdad de derecho. El blanco podía cometer un desliz con una negra: el pequeño mulato, cualquiera fuese el color de su piel, no franqueaba la barrera étnico-social. La mestización mejoraba por consiguiente la raza inferior sin jamás contaminar la superior. Sin embargo, se la apruebe o no, la esclavitud pertenece al pasado y no es posible volver a ella, cuando más no fuera por la sencilla razón de que la familia semipatriarcal que supone ya no existe casi en ninguna parte. Por lo menos debemos sacar la lección de la

experiencia: la Comunidad poliétnica sólo es satisfactoria cuando el conjunto inferior está incorporado orgánicamente en el conjunto superior, sin poder amenazar la integridad racial de este último.

24. LA SEGREGACION

En defecto de una verdadera solución que responda a la ley biopolítica que acabamos de enunciar, no queda sino el recurso de los paliativos de defensa. Paliativo, en efecto, la segregación que vemos aplicar con mayor o menor acierto por las Comunidades poliétnicas contemporáneas que no aceptan la idea de su decadencia por mestización. Se busca separar las razas que conviven en un mismo territorio y evitar en alguna medida su contacto por no haber podido o querido organizarlo, vale decir atenuar un mal que la sociedad se reconoce impotente a suprimir. Ora la limitación de las relaciones es mero hecho de costumbre, ora es legal. La comprobamos relajada en Nueva York y estricta en Sudáfrica. Pero siempre se demuestra insuficiente. Primero porque es poco sincera: el blanco quiere apartar a los negros de su familia, su barrio o su coche, del ferrocarril, pero no de su fábrica porque constituyen una mano de obra barata para ciertos trabajos. O bien se los utiliza como carne de cañón.

A veces la hipocresía liberal hace afirmar legalmente una igualdad de derechos que se niega de hecho. Pero, fuera absoluta la segregación, provista la raza inferior o inasimilable de un estatuto, prohibido el casamiento interracial y castigado como crimen el apareamiento, todo eso aun no constituiría ninguna solución satisfactoria. Pues la segregación forma bloques raciales que, rápidamente, en razón de la diferencia de condiciones de vida, o de la mera voluntad de poderío, se vuelven antagónicos. El esclavo negro no era ni se sentía solidario del conjunto de su raza sino de la familia de que formaba parte y cuyo destino compartía de derecho y de hecho. El proletario negro es y se siente por el contrario, unido con sus hermanos de raza por una condición común y un aislamiento compartido. Un esclavo negro maltratado maldecía a su mal amo; un proletario negro humillado proclama la lucha de razas. No hay sino dos soluciones valederas: el apartheid geográfico o la integración de los elementos étnicamente inferiores en una sociedad orgánica, dándoles la posibilidad de desarrollar sus potencialidades en grado máximo; posibilidad ésta que no poseen en la sociedad igualitaria que pone de relieve su inferioridad en lugar de compensarla con un orden social jerárquico.

25. DIALECTICA DE LAS RAZAS EN UNA COMUNIDAD POLIETNICA

Existe, pues, en el seno de toda Comunidad poliétnica, un doble movimiento dialéctico. Por un lado, salvo en el caso de una sociedad orgánica perfectamente establecida, la comunidad racial inferior o inasimilable mantenida bajo tutela protesta contra su estado, se opone al grupo dominante y lucha por su liberación, cuando no por la supremacía política. Pero, por otro lado, las dos comunidades tienden a fusionarse por mestización. Este último proceso tiene dos motivos: la atracción sexual y el deseo de los inferiores de acercarse a sus amos. El primer fenómeno es bien conocido: se le debe la mayor parte de los mestizos. El segundo exige alguna explicación. Se ha comprobado en los Estados Unidos, que los mestizos se casaban entre sí y que los negros se casaban de preferencia con mestizas tan claras como fuera posible. En el seno del conjunto interviene por consiguiente una selección que obra en favor de la reproducción de mestizos cada vez más próximos al tipo blanco. Se llega así al nacimiento cada vez más frecuente de "negros blancos" vale decir de individuos mestizos que poseen apariencias de blancos. De ahí el fenómeno del passing, por el cual dichos mestizos, cambiando el lugar de su residencia, logran hacerse pasar por blancos, se casan, dentro de la población blanca e introducen así en ella genes melánicos. El passing no es posible, evidentemente, sino por falta de discriminación étnica legal. Pero existe, y los Estados Unidos están en vías de "negrificación". La mezcla completa daría una nueva raza que manifestaría, posiblemente, cualidades de imaginación que no posee la población blanca actual. Pero desaparecerían irremediablemente la energía y el poder creador que caracterizan a los pueblos arios. Notemos, por otro lado, que dicho proceso de mestización es muy lento, sobre todo en los Estados Unidos donde la conciencia de raza está muy desarrollada, pero que la prolificidad de los negros superior a la de los blancos hace aumentar

constantemente el porcentaje de africanos en la sociedad norteamericana. Si no se toman las indispensables medidas etnopolíticas, se puede prever el día en que no sólo una importante fracción de los blancos, o llamados tales, tendrá sangre melánica sino, más todavía, en que los mulatos dominarán numéricamente a la población blanca, como ya ocurre en el Brasil.

26. DIALECTICA DE LAS RAZAS EN EL MUNDO

La prolificidad de las razas inferiores y la relativa esterilidad de las razas superiores son hechos que no interesan solamente a las Comunidades poliétnicas, sino al mundo entero. Las pocas advertencias que, en el curso de la primera mitad de este siglo, pusieron en guardia a Europa contra el "peligro amarillo" hicieron sonreír. No se ha necesitado mucho tiempo para que la realidad se afirmara de modo evidente. Las naciones blancas ya ni siquiera están obligadas a defenderse, sino que retroceden. Han perdido casi todos sus territorios coloniales. Algún día los blancos serán perseguidos en su propio suelo por pueblos inferiores en cualidad pero superiores en número. Los europeos han despertado a los amarillos de su sueño milenario, han impedido a los negros matarse entre sí y los han obligado a producir más y más alimentos. Llevando la higiene y la medicina a los pueblos inferiores, han multiplicado a sus adversarios de hoy y de mañana y han roto así el equilibrio étnico del planeta. Son blancos los que han fomentado y siguen fomentando, contra otros blancos, las insurrecciones coloniales. Pero todo eso no sería muy grave si los arios hubieran conservado sus cualidades ancestrales: a la guerra entre naciones blancas sucedería la guerra entre el mundo blanco y el mundo de color. Desgraciadamente, no parece que así sea. La degeneración de la gran raza blanca es ya tan profunda y su menosprecio de las leyes más elementales de la biopolítica, tan general que uno se pregunta si todavía está a tiempo para reaccionar.

III LA GENOPOLITICA

27. BIOPSIKOLOGIA Y ORDEN SOCIAL

Consideremos ahora una Comunidad de raza homogénea o en proceso de homogeneización suficientemente adelantado para que no sea necesario tomar en cuenta en su seno a grupos étnicos diferenciados. Si la examinamos desde el punto de vista sociológico, nos aparecerá como un conjunto de grupos sociales y asociaciones, entrelazados y jerarquizados, que desempeñan funciones diversas, y podremos trazar su esquema orgánico. ¿Nos dará éste una idea completa de la sociedad en cuestión? No, pues ésta está formada, en última instancia, por individuos repartidos en los grupos de marras cuya materia prima humana constituyen. Estos individuos son diferentes y desiguales por los caracteres biológicos y psíquicos que poseen. Sus diferencias y su desigualdad repercuten necesariamente en los grupos sociales de que forman parte. El sociólogo y, con más razón, el especialista en ciencia política, no pueden por consiguiente ignorar la biopsicología, vale decir la disciplina que estudia al hombre, en su unidad y su integralidad; no al Hombre abstracto que Maistre decía no haber encontrado nunca de ninguna parte, sino al hombre real, con sus caracteres generales pero también con sus particularidades. La raza no es, por lo tanto, sino uno de los datos del problema biopolítico. Si la eliminamos de nuestros futuros análisis por ser común al conjunto social considerado, nos queda por establecer las relaciones que existen o deberían existir entre los grupos sociales y la naturaleza biopsíquica de los seres que los componen. Ya que dichos grupos son esencialmente funcionales, nuestra búsqueda tenderá lógicamente a establecer su especialización orgánica sobre la base de la diferenciación biopsíquica de los individuos. Tal es la tarea de la genopolítica.

28. LA ESPECIALIZACION SOCIAL BIOPSIQUICA

Aunque, en nuestros días, no se lo admita fácilmente en sus consecuencias, el principio de la especialización social biopsíquica tiene vigencia en todas las sociedades existentes. Ninguna Comunidad desconoce las diferencias de edad de sus miembros. En todas partes la adolescencia está reservada al estudio, la madurez al trabajo y la vejez al descanso. ¡Piénsese en el absurdo que resultaría de la inversión de este orden! La edad es uno de los factores esenciales de la diferenciación biopsíquica: el niño no tiene ni las mismas posibilidades físicas ni las mismas disposiciones psíquicas que el hombre maduro ni el hombre maduro que el anciano. De modo más general, la división del trabajo en toda sociedad organizada se funda, en alguna medida, en las capacidades particulares de los individuos: no se eligen los profesores por sus músculos, ni los estibadores por su sentido estético. Por lo tanto, el orden funcional tiene necesariamente en cuenta las disposiciones individuales o, mejor, se apoya en ellas, y nadie lo pone en duda. Sin embargo, se protesta frecuentemente contra la desigualdad funcional de los sexos, que es por lo menos tan manifiesta. La función de reproducción es esencial para la Comunidad que, sin ella desaparecería en algunos decenios. Ahora bien: los papeles biológicos del hombre y la mujer son diferentes y sus consecuencias sociales también lo son: es la madre la que tiene al niño en su seno y le da de mamar. Por consiguiente, ella no es disponible para un trabajo regular de producción y es natural que el hogar quede a su cuidado. Por otro lado, la conformación corpórea y las cualidades psíquicas que le están ligadas no son más idénticas en la mujer y el hombre que en la vaca y el toro, si se nos permite la comparación. Nadie pensaría en hacer pelear vacas en la arena. ¿Por qué, entonces dar a las mujeres las mismas funciones sociales que a los hombres? Las mujeres no están hechas para combatir, ni para mandar, ni para crear. Con razón se ha notado, en el orden artístico, que ninguna mujer fue jamás un gran compositor a pesar de que la exclusividad de la cultura musical está reservada, con pocas excepciones, al sexo femenino. Tenemos, sin embargo, que expresar la misma reserva que en lo que atañe a los conjuntos raciales: existen mujeres superiores a muchos hombres desde el punto de vista de la energía combativa, la capacidad de mando y el poder de creación. Esto no invalida la diferenciación funcional que naturalmente corresponde a su sexo.

29. LA FAMILIA

Dicha especialización se afirma ante todo en la familia, grupo biopsíquico teóricamente completo, producto de la unión del varón y la mujer, La familia es un grupo funcional caracterizado: tiene por papel primordial la procreación y educación de los niños. Sabemos, por nuestros análisis del capítulo I, que el ser humano recibe de sus padres la totalidad de su dotación hereditaria. Por lo tanto, es un heredero no sólo por lo que adquiere después de su nacimiento sino también y ante todo por lo que es. Resulta paradójico, pues, que millones de educadores en el mundo se dediquen a orientar al niño entre sus potencialidades buenas y malas mientras que nadie, o casi nadie, se preocupa por la selección de los padres de quienes provienen dichas posibilidades o mientras que la selección que se practica se funda en consideraciones económicas que no tienen mucho que ver, sobre todo en la sociedad moderna, con las realidades biopsíquicas. La historia reciente conoció, sin embargo, varias formas de selección valederas cuya tradición se perpetúa en algunos medios, desgraciadamente cada vez más restringidos. La nobleza se trasmitía, en el Antiguo Régimen, por herencia paterna: era olvidar que la madre da al niño tantos genes como el padre. Pero la costumbre generalmente completaba la ley y las mésalliances eran excepcionales. Algunas órdenes militares se mostraban más estrictas en este campo y exigían de sus miembros por lo menos cuatro cuarteles de nobleza. Aun en nuestros días, las familias reales europeas, con pocas excepciones, se unen entre sí indefinidamente. Notemos por fin que la historia más lejana nos habla de ciertas familias que, aisladas por razones étnicas o simplemente biopsíquicas dentro de una población inferior, conservaban por una estrecha consanguinidad sus cualidades particulares: así las familias imperiales del Perú y, en lo que atañe a la última dinastía, de Egipto.

30. EL LINAJE

La familia puede, por consiguiente, perpetuarse por uniones sucesivas total o relativamente consanguíneas y constituir así un linaje que conserve un haz de cualidades biopsíquicas determinadas. Este

fenómeno no es propio de tal o cual estrato social. Existen linajes obreros y campesinos como linajes aristocráticos y la noción de mésalliance vale para todos los niveles de la escala social. Aun cuando de hecho sea a menudo el resultado de prejuicios, en el pleno sentido de la palabra, dicha noción posee sólidas bases científicas y corresponde a un peligro real de destrucción del linaje. Introducir en éste un elemento desconocido o simplemente extraño es hacer una experiencia sobre la cual no se podrá nunca volver. ¿Cuál será la síntesis biopsíquica que resulta de ella? La previsión en este campo nos está vedada, al menos por el momento. La conservación endogámica de la masa hereditaria tradicional asegura, por el contrario, salvo caso de degeneración, la unidad en el tiempo del tipo familiar, físico y psíquico. La existencia de tal tipo no puede negarse en los linajes homogéneos. El mismo lenguaje corriente lo admite cuando recurre a la expresión "aire de familia". La historia conoce linajes de artesanos, campesinos, industriales, artistas, estadistas, jefes de guerra, etc. El linaje es, por lo tanto., un conjunto biopsíquico hereditario diferenciado. No se distingue en su esencia de la raza. Así como vimos las grandes razas dividirse en conjuntos secundarios, vemos ahora a éstos subdividirse en linajes. Ahora captamos mejor la unidad de la biopolítica. Comprendemos mejor también que haya que tomar en cuenta, para instituir un orden social orgánico, no solamente los varios: conjuntos étnicos que pueden convivir en una Comunidad, sino también los conjuntos biopsíquicos, de la misma naturaleza pero de grado distinto, en los cuales se dividen los conjuntos raciales homogéneos.

31. EL ESTRATO SOCIAL

Veremos más adelante cómo se diferencian los linajes. Pero tenemos que notar de inmediato que, salvo en los casos de estricta consanguinidad, no se forman ni se mantienen en el aislamiento. Las uniones entre linajes de la misma jerarquía, si no del mismo valor, y a menudo de la misma función social producen con el tiempo una homogeneización que los unifica en un conjunto más amplio: es éste el origen del estamento del Antiguo Régimen (salvo, por supuesto, en cuanto al clero católico, de naturaleza distinta), con sus subdivisiones; es también, pero en menor grado, el de la clase contemporánea. El estamento, en una Comunidad étnica homogénea, se puede comparar con la casta de la Comunidad mestizada, pero con una diferencia fundamental: la casta es necesariamente cerrada porque está fundada en una síntesis particular de caracteres raciales esencialmente diferenciados, que no se quiere modificar. El estamento, por el contrario, puede ser abierto a los mutantes porque los caracteres biopsíquicos que le pertenecen en propio son accidentalmente diferenciados, lo que no quiere decir que son el producto del azar sino simplemente que nacieron y pueden nacer todavía por acción del medio. Las clases sociales modernas no han conservado íntegramente la naturaleza biopsíquica de los estamentos. La sociedad liberal ha favorecido el acceso a la capa dirigente de elementos inferiores pero sometidos conscientemente o no, a la voluntad de la oligarquía capitalista. Ha permitido la elevación social por la fortuna. Al mismo tiempo, ha rebajado hacia las capas inferiores, o mantenido en ellas, a los elementos dinámicos que consideraba peligrosos en razón de su valía. No deja de ser verdad, como lo nota muy justamente Carrel, que los campesinos que han permanecido apegados a su tierra a pesar del llamado de la fábrica lo han hecho porque poseían las cualidades y lagunas que los hacían aptos para tal modo de vida. Asimismo, el peón que se muestra incapaz de convertirse en oficial padece manifiestamente una insuficiencia orgánica y psíquica. Todo el mundo admite el hecho, aun cuando sea imperfecta, esta naturaleza biopsíquica de las capas sociales, reconociendo la existencia de tipos físicos y mentales que las expresan. Existe un tipo campesino, un tipo proletario, un tipo burgués, un tipo aristocrático, etc., tan diferentes los unos de los otros que algunos creyeron poder explicarlos exclusivamente por distintos orígenes raciales.

32. EL ORIGEN DE LA ESTRATIFICACION SOCIAL

Tal es en particular la tesis Gobineau: la estratificación social sería el producto de la conquista militar y el sometimiento de los vencidos. Así, en Francia, la nobleza procedería de los invasores germanos le raza nórdica, altos, rubios y dolicocefalos, mientras que el resto de la población sería galorromano, con predominio numérico del elemento albino, bajo, moreno y braquicéfalo. Esta explicación, establecida en

función del fijismo, étnico de su autor y por analogía con el sistema indio de las castas, peca por históricamente inexacta. Queda demostrados en efecto, que la aristocracia feudal francesa se constituyó por la unión de los jefes bárbaros y los patricios galorromanos y, por otra parte, se aumentó y renovó, a lo largo de los siglos, por innumerables ennoblecimientos. Esto no invalida el hecho de la supremacía social del tipo dolicocefalo y Vacher de Lapouge lo estableció sólidamente sobre bases estadísticas: la estatura media y la proporción de altas estaturas, así como la de dolicocefalos, aumentan con el nivel social. Según el mencionado sociólogo, la razón de tal fenómeno sería simplemente la superioridad del tipo nórdico que se conservaría a pesar de la mezcla de razas y se concentraría en las capas dirigentes de las cuales eliminaría en alguna medida, por selección, el tipo alpino. Tal interpretación no tiene en cuenta la variabilidad de los caracteres en los cuales Vacher de Lapouge la funda. Tenemos, hoy en día, motivos para creer que el índice cefálico se modifica por acción del medio: Boas parece haber demostrado que los hijos de inmigrantes dolicocefalos y braquicefalos tienden, en Nueva York, a la mesocefalia. También sabemos que la estatura no es ningún factor hereditario inmutable y que la vida urbana, por lo general, determina su aumento. Por fin, el mismo Lapouge demuestra que la despigmentación del pelo y la piel proviene de una atrofia patológica producida por los climas fríos y brumosos y que es corregible, aunque hereditaria, por cambio de las condiciones de vida. Por lo tanto, parece claro que la estratificación social depende de factores accidentalmente diferenciados y es el producto del doble movimiento de los tipos anteriormente constituidos que se unen por afinidad y capacidad y del medio funcional que transforma, cuando es preciso, a los seres que reciben su presión.

33. DIFERENCIACION HEREDITARIA Y ESPECIALIZACION FUNCIONAL

Examinemos el primer punto. Sea una sociedad en formación, tal como la de la "frontera" norteamericana al final del siglo pasado. No iban al Oeste sino hombres aventureros y emprendedores. Los que poseían alma de jefe, constitución física adecuada e inteligencia suficiente agrupaban naturalmente alrededor de ellos a individuos fuertes y valerosos, pero incapaces de dirigir una operación contra los indios y conquistar una estancia en la pradera. Otros, inteligentes, pero menos audaces o incapaces de mandar, abrían almacenes. La especialización funcional, en un medio donde casi no intervenían la fortuna ni las convenciones, se hizo, por consiguiente, sobre la única base de las capacidades biopsíquicas de los individuos, exactamente como en la alta Edad Media europea. No ocurre lo mismo, evidentemente, en las sociedades organizadas, y mal organizadas, de hoy. El orden establecido pesa sobre las individualidades fuertes que tratan de elevarse, mientras que mantiene artificialmente a seres inferiores en un nivel que no corresponde a su reducida capacidad. Pero si consideramos a los conjuntos y ya no a los individuos, comprobaremos que, por lo general, existe todavía una concordancia entre la función y la dotación hereditaria de quien la desempeña. Y eso se produce sencillamente porque, en la sociedad contemporánea como en la "frontera" aunque en menor grado, la función requiere caracteres biopsíquicos particulares. En el régimen más igualitario, no es posible nombrar a un fogonero comandante de buque. La estratificación social se funda, por lo tanto, en la selección biopsíquica de individuos que responden a las exigencias de las diversas funciones. Desde este punto de vista, resulta exacto decir, con Vacher de Lapouge, que las capas sociales "atraen" a seres de determinado tipo.

34. VARIABILIDAD HEREDITARIA POR LA FUNCION

Pero este punto de vista es insuficiente. Cuando el desarrollo de la industria multiplicó las fábricas, no existía ningún tipo proletario hereditario que sirviera de norma para el reclutamiento. Los industriales fueron a buscar a sus obreros entre los campesinos, de tipo fijado por siglos de un modo de vida sin cambio. Por cierto atrajeron en primer lugar a los menos capaces, a los "menos campesinos" pero muchos otros siguieron el ejemplo, quienes estaban sin embargo perfectamente adaptados al trabajo de la tierra. No obstante, vemos hoy en día a una clase proletaria biopsíquicamente tan diferenciada como sea posible de la población campesina. Asimismo, para volver a nuestro ejemplo anterior, la aristocracia europea del Antiguo Régimen tenía un tipo muy diferente del de la burguesía, en el sentido propio de la palabra, en la cual se reclutaba

continuamente. Vacher de Lapouge nota con razón que los cronistas de la época siempre describen al señor medieval como alto, esbelto y rubio, mientras que el villano aparece como petizo, rechoncho y moreno. Las cualidades mentales no eran, por supuesto, menos distintas. Sin duda, ciertos ennoblecidos eran mutantes individualmente diferenciados de su estrato de origen. Pero la mayor parte sólo se distinguían de su medio primitivo por el grado de sus cualidades: se mostraban más valerosos, más audaces, más inteligentes más aptos para el mando y físicamente menos pesados que la mayoría de sus pares. Algunas generaciones bastaban, con la ayuda de los matrimonios, para incorporar a los recién llegados en la antigua nobleza, sin que las características de esta última fuesen modificadas. El fenómeno nada tiene de sorprendente. Los ennoblecidos y sus descendientes recibían la presión del nuevo medio en el cual vivían. En lugar de obedecer, mandaban. En lugar de dirigir el arado o manejar la herramienta, andaban a caballo y combatían. En lugar de alimentarse principalmente con harinas y carnes de animales domésticos, comían caza y a menudo reemplazaban el agua por el alcohol. Los valores morales a los cuales estaban sometidos ya no eran los mismos. Su cuerpo y su mente se transformaban por adaptación a su nueva existencia. De campesinos o burgueses, se volvían señores. Captamos ahora la doble relación que existe entre la función y el tipo humano. La función atrae y por consiguiente selecciona a seres que poseen el tipo correspondiente a sus necesidades, pero el tipo relativamente inadecuado se adapta a la función y se modifica bajo su influencia. Si es exacto decir que, en una Comunidad de homogeneidad todavía imperfecta, las supervivencias étnicas constituyen, como las mutaciones biopsíquicas, un factor de la especialización funcional, no lo es menos afirmar que la función crea la "raza" vale decir forma conjuntos biopsíquicos homogéneos según un proceso semejante al del que nacen los conjuntos étnicos accidentalmente diferenciados.

35. IMPORTANCIA DE LA DIFERENCIACION FUNCIONAL

La tipología funcional de los conjuntos sociales es, por consiguiente, relativa como la de las razas: se apoya en la frecuencia de aparición de caracteres que no se encuentran sino excepcionalmente todos juntos en una misma persona. Es fácil, y la sociología como la psicología a menudo lo han hecho, comprobar la existencia no de un tipo funcional por conjunto sino de varios, así como establecer sobre bases experimentales las semejanzas que se afirman en tal o cual campo entre tipos pertenecientes a conjuntos distintos. Entre el aristócrata y el intelectual de "clase media" puede haber y generalmente hay menos diferencia desde tal o cual punto de vista que entre dicho aristócrata y el hidalgo, mientras que éste a menudo se parece más, en lo que atañe a tal o cual carácter, a los campesinos que a sus pares. ¿Qué significa esto? Simplemente que cada estamento o clase abarca en realidad una multiplicidad de profesiones diversas que constituyen subcategorías funcionales, a las que corresponden tipos biopsíquicos diferenciados. La nobleza comprende a estadistas, militares, diplomáticos, intelectuales, campesinos; el proletariado, a estibadores, mecánicos, grabadores, etc. Las clases medias son todavía más complejas. Pero ciertas profesiones son comunes a varios estratos: caracteres comunes se sobreponen por consiguiente a los caracteres diferenciados. Se dirá con razón del hidalgo: es un campesino, pero no se lo confundirá con campesinos de otra extracción social, aun infinitamente más ricos que él. Dicho de otro modo, la jerarquía priva sobre la diferenciación profesional, pero esta última actúa sin embargo sobre los varios niveles de la estratificación social. Existe, por lo tanto, una diferenciación vertical – jerárquica - y una diferenciación horizontal – profesional - que suman sus efectos. De modo general, la primera es la más profunda. Será más fácil a un estibador volverse mecánico que diplomático, como también a un hidalgo convertirse en oficial del ejército más bien que en labrador. Si se duda de la eficacia de la diferenciación funcional hereditaria, basta recordar la frase desengañada de Trotsky sobre "la incapacidad congénita del proletariado en volverse clase dirigente", o poner en paralelo algunos retratos elegidos al azar de miembros de la antigua aristocracia rusa con las fotografías de algunos líderes de la actual burocracia salida de las capas inferiores de la población sin que el tiempo haya podido realizar su obra. La estratificación biopsíquica de la sociedad es tan acentuada que llega a veces a superar, sin destruirlas, por supuesto, las diferencias entre grandes razas. Un aristócrata japonés, de estatura relativamente elevada, cráneo alargado, cara fina, ojos derechos y con cualidades de mando, coraje y honor, a menudo es más próximo, aun desde el punto de vista físico, de un aristócrata europeo que de su compatriota de tipo biopsíquico grosero, pequeña estatura, ojos oblicuos y nariz achatada.

36. LA SELECCIÓN NATURAL

Debe quedar bien entendido, sin embargo, que la diferenciación funcional no actúa sino en el marco del conjunto étnico considerado. Actualiza, por selección y formación, las potencialidades de la "materia prima" humana de que dispone, las que dependen esencialmente de la raza. Pero tenemos que agregar: y del estado presente de dicha raza. No es indiferente, en efecto, que ésta sea joven o vieja. Una raza es joven cuando las condiciones de vida de sus componentes se han conservado sencillas y no los han constreñido a adaptarse mucho ni, por consiguiente, a elegir mucho entre sus posibilidades naturales. Una comparación nos hará entender mejor el problema: un niño bien dotado puede elegir entre una formación científica y una cultura humanística, pero un hombre de sesenta años será incapaz de volver sobre la elección que orientó su mente de una vez por todas, y cualquier cambio funcional quedará inoperante al respecto. Tampoco es indiferente que una raza sea fuerte o degenerada, pues sus caracteres distintivos poseen un grado cualitativo primordial y dicho grado, como los mismos caracteres, no es idéntico en todos los integrantes del conjunto étnico observado en determinado momento de su historia. Ciertos individuos son subalimentados, alcohólicos, sifilíticos, o simplemente débiles. Otros, por el contrario, están en plena posesión de todos los recursos de la raza. En condiciones primitivas de existencia, los débiles desaparecen antes de haber podido procrear. La "materia prima" sobre la cual actúa la diferenciación funcional posee, por consiguiente, por el juego de una selección natural, un máximo de posibilidades. No ocurre lo mismo hoy en día. El orden social biopsíquico exige no solamente la diferenciación funcional sino también y ante todo la eliminación de los elementos inferiores, vale decir del residuo funcionalmente inutilizable o socialmente peligroso. Sin tal depuración, la raza degenera. El eventual nacimiento de un genio heredosifilítico no compensa la decadencia biopsíquica del conjunto de la Comunidad. No parece, por otra parte, que los siglos anteriores, que gozaron de los efectos de la selección natural, hayan sido más pobres en hombres superiores que el nuestro.

37. LA DIFERENCIACION ECONÓMICA

El mundo contemporáneo está muy lejos de vivir en el estado de naturaleza. Su estructura social desconoce las leyes de la biopolítica, a pesar de las numerosas supervivencias de una organización anterior fundada en la diferenciación biopsíquica y aunque las realidades de la naturaleza humana a menudo se imponen a las utopías igualitarias. Notemos, por otro lado, que estas últimas, en la medida en que triunfan, sólo tienen un carácter destructivo y se muestran incapaces de reemplazar por una construcción coherente el antiguo orden de cosas. La sociedad liberal no ha establecido la imposible igualdad. Se ha limitado a substituir la diferenciación biopsíquica por una diferenciación económica que ha confundido todos los valores. La riqueza, en lugar de ser un instrumento puesto a la disposición de la capa dirigente, se ha convertido en un medio de llegar al poder social. En otros tiempos, uno era rico porque desempeñaba una función de mando; hoy en día, en la sociedad liberal, uno manda porque tiene dinero. La estratificación social está determinada por la diferencia económica que separa las clases. El sistema que hace del dinero, en lugar del valor unido a la función, el criterio de la jerarquía social constituye sin duda alguna, desde el punto de vista biopolítico, la peor de las aberraciones.

38. LA SELECCION AL REVÉS

Así como el liberal-capitalismo se ha empeñado en destruir el orden cualitativo de la sociedad, la pseudo civilización moderna se ha esforzado en suprimir la selección natural. Las condiciones artificiales de vida que ha creado permiten la supervivencia de individuos biopsíquicamente inferiores que, en otros tiempos, habrían desaparecido. La medicina, si se le ocurre, a veces, salvar a seres de valor, víctimas de accidentes biológicos, más a menudo sostiene a los débiles, los tarados, y los degenerados, permitiéndoles así vivir, lo que no importa mucho, pero también procrear y corromper las generaciones venideras. Paralelamente a dicha acción antinatural con que se aprovechan elementos nocivos para la Comunidad, el mundo moderno practica una verdadera selección al revés. Las guerras de antes eran poco sangrientas. Exigían cualidades físicas y morales cuya carencia determinaba la muerte. Producían, por lo tanto una

selección natural violenta, en particular dentro de la nobleza que ganaba en vigor lo que perdía en número. Hoy en día, la guerra exige cada vez menos valor por parte de quienes la hacen. Atrozmente mortífera, alcanza sobre todo a la juventud que compone las tropas de choque. El coraje, en ella, es un factor de muerte. Los mejores elementos son sacrificados en provecho de los débiles y de los cobardes, que quedan atrás. La guerra social y los disturbios que son su consecuencia tienen un resultado todavía más manifiesto., La aristocracia, producto de una selección milenaria, es eliminada por matanza, expulsión o imposición de condiciones de vida que provocan su rápida degeneración. Por fin, la guerra civil mata a voluntarios que, por su sola presencia en primera fila, evidenciaban sus cualidades morales.

39. ARISTOCRACIA Y ELITE

Cuando la aristocracia, diezmada por la guerra o destruida por la lucha social, se renueva absorbiendo a los elementos superiores de la burguesía o del proletariado, muchos de los que selecciona encuentran así el camino de su propia realización, pero provocan el empobrecimiento cualitativo de los estratos de donde surgen. En una sociedad orgánica, cada grupo está jerarquizado exactamente como la misma comunidad. Si la capa social dirigente atrae a los jefes naturales de las colectividades secundarias disocia a éstas Y con el tiempo, las destruye. Mal cálculo éste, desde cualquier punto de vista, ya que el empobrecimiento de los estratos inferiores produce una degeneración biopsíquica y, por consiguiente, el agotamiento de las fuentes de donde surge la indispensable renovación de la aristocracia. No incurrimos aquí en ninguna contradicción. Es normal y necesario que la aristocracia o, de modo más general, la capa dirigente incorpore a los mutantes que salen de las élites de capas inferiores. Pero es nocivo que absorba a estas mismas élites cuya existencia es indispensable para el buen funcionamiento de la Comunidad.

40. EL DESEQUILIBRIO BIOPSIQUICO DE LA COMUNIDAD

La selección al revés, cuyos aspectos, esenciales acabamos de examinar rápidamente no constituye el único factor del desequilibrio biopsíquico que produce rarefacción de los elementos superiores de la población. Tenemos que señalar también un fenómeno paralelo al que hemos notado en el campo de lucha de razas: la esterilidad relativa de las capas de más alto nivel con respecto a la prolificidad de las inferiores. Es un hecho indiscutible que las familias que pertenecen a las capas superiores tienen pocos hijos. Las razones materiales son múltiples: dificultades de alojamiento y de servicio, recursos insuficientes respecto a las necesidades de una vida refinada, trabajo de las mujeres, etc. Agreguemos el temor a la maternidad por parte de mujeres que quieren, cuando no ejercen ninguna profesión, salir de su papel natural, el debilitamiento de las disciplinas religiosas y de las tradiciones, y también la degeneración fisiológica que produce el medio urbano. Por eso mismo, si la proliferación de los conjuntos étnicos de color constituye una amenaza para la raza blanca, la de los elementos biopsíquicamente inferiores es ya un hecho consumado. Claro está que subsisten todavía numerosos descendientes no degenerados de las antiguas aristocracias y que la formación funcional bastaría, con el tiempo, para reconstituir estratos dirigente dignos de tal denominación. Lo que nos parece más grave es el doble proceso de empobrecimiento numérico de la aristocracia, o de lo que ocupa su lugar, y de aumento de los elementos inferiores que sigue desarrollándose con ritmo acelerado sin que nada permita prever su fin próximo y sin que se haga nada para trabarlo, antes al contrario. Nuestra sociedad liberal se encamina hacia un estado uniforme de mediocridad, hacia una confusión general que pondría término, definitivamente, al predominio de la raza blanca y, transformando en rebaños sus comunidades orgánicas, la llevaría a su fin.

41. LA DESAPARICION DEL ORDEN SOCIAL BIOPSIQUICO

Gobineau veía en la mestización el único factor de la decadencia de los conjuntos étnicos y del ocaso de las civilizaciones. Sabemos ahora que la degeneración biopsíquica puede ocurrir por simple transformación del medio. Los blancos que se instalan en el trópico degeneran. Los linajes especializados que pierden su función degeneran. Las comunidades que destruyen el orden social biopsíquico degeneran.

Nuestra época padece no solamente la mestización sino también la igualdad funcional de los sexos, la confusión de los estratos sociales, la reabsorción de las élites y las aristocracias privadas de sus funciones. Como lo anunciaba Maurras hace medio siglo, el oro priva sobre la sangre. ¿Todo está perdido? No, pues la raza blanca no es víctima de la fatalidad sino de su propia inconsciencia. La mala política es causa de la desaparición del orden natural. Una buena política bastaría para restablecer las condiciones de una regeneración.

(1)